

El estado y el régimen de las abadías los conocemos por los «Polípticos» (1), el más célebre de los cuales es el de Saint-Germain-des-Prés, redactado en tiempo del abad Irminón, entre 800 y 826. En este manuscrito, del que sólo se conserva una cuarta parte, se consigna que pertenecen á la abadía tierras cuya cabida equivale, reducida á la medida moderna, á 36.613 hectáreas (2), distribuidas entre siete de nuestros actuales departamentos: Sena, Sena y Oise, Sena y Marne, Eure y Loira, Aisne, Orne y Nievre. Los mansos de los terrazgueros son en número de 1.646, á los que se añaden 71 de más pequeñas dimensiones llamados «hospicios» (3), y están agrupados en 25 «fiscos», al frente de cada uno de los cuales hay un manso señorial. En la explotación hay empleadas 10.282 personas distribuidas en 2.859 familias, de las cuales más de 2.000 están constituidas por colonos, siete por gentes libres, y el resto por lides ó siervos. La mayor parte de las tierras son terrenos de labor (22.129 hectáreas) y bosques (13.352 hectáreas); los prados y los viñedos forman la excepción. Los censos de los terrazgueros consisten en dinero, ganado, volatería, vino, trigo, lúpulo, lino, mostaza, telas de lana y de hilo, miel, cera, aceite y jabón, herramientas de madera y de hierro, leña, antorchas y objetos diversos. La renta anual de la abadía es, en valores modernos, de 580.790 francos, lo que significa una contribución de 109 francos por familia.

El primer propietario del reino es el rey, quien recibe de sus *villas* manteca de cerdo, carne ahumada, salazones, pescados, quesos, manteca, mostaza, vinagre, legumbres, «la carne de sus vacas cojas, pero sanas, y de sus caballos no sarnosos», miel, que entonces hacía las veces de azúcar, cera y jabón. Bebe el vino de sus viñas y recomienda que lo fabriquen con limpieza en la prensa, sin pisar la uva con los pies; vende los pescados de sus ríos y los cuernos y las pieles de sus cabras, y se viste con pieles de lobos capturados por sus colonos. Por su capitular *de villis* sabemos exactamente cómo era explotada una *villa* cuyas rentas estaban exclusivamente reservadas al servicio del emperador.

El territorio de la *villa* se divide en varios «corrales» (4), rodeado cada uno de ellos por un seto bien conservado. Los edificios son numerosos: cocinas, panaderías, prensas, caballerizas, vaquerías, porquerizas, apriscos y parques para machos cabríos y cabras. En los principales corrales de aves hay por lo menos 100 gallinas y 30 ocas. Como la pesca es muy apreciada, por razón de la cuaresma, Carlomagno quiere que se

(1) La palabra *polyptychum*, de origen griego, designaba al principio un objeto doblado varias veces sobre sí mismo, pero en la Edad media se aplicó á los rollos de pergamino en que constaba el estado de los bienes que dependían de un monasterio. Más adelante, de *polyptychum* salió la palabra francesa *feuille*, que significa enumeración.

(2) Gerard daba una cifra mucho más elevada (221.187 hectáreas), pero luego se demostró que se había equivocado en sus cálculos y que sus evaluaciones eran, por término medio, nueve veces superiores á la realidad. Véase sobre esto el tomo I de la edición de Longnón, págs. 235 y siguientes.

(3) Los hospicios (*hospitia*) son pequeñas propiedades que han sido confiadas, en principio, á huéspedes (*hospites*).

(4) La palabra *curtis*, que traducimos por corral, tenía casi el mismo significado que hoy la granja; designaba una parte de la *villa*, rodeada de muros ó de setos, en donde había viviendas y establos. A veces la palabra *curtis* designa también toda la *villa*.

conserven los antiguos viveros y que se establezcan algunos nuevos, si es posible. A las labores agrícolas propiamente dichas, labranza, siembra, siega de mieses y del heno y vendimia, se agregan la ganadería y la jardinería, cultivándose en las tierras imperiales la mayoría de nuestras flores, de nuestras legumbres y de nuestros árboles frutales. Cuéntanse 74 especies de plantas y 16 de árboles; como flores hay los lirios, las rosas, las espadañas y el heliotropo; como legumbres, los cohombrós, los melones, las alcachofas, las judías, los guisantes, las zanahorias, las cebollas, los puerros, las coles, los rábanos, etc.; como árboles frutales, diversas clases de manzanos, de perales, de fresales y de melocotoneros, castaños, almendros, higueras, cerezos y nogales. La *villa* tiene también «aves singulares», como pavos reales, faisanes, gansos, palomos, perdices y tórtolas.

Al lado de los obreros agrícolas, que forman la mayoría, viven muchos artesanos, herreros, plateros, zapateros, talabarteros, torneros, carpinteros y cordeleros. Los «gineceos», distintos de los talleres de hombres, están provistos de cuartos con estufas y de sólidas puertas, y en ellos las mujeres trabajan el lino y la lana y tiñen las telas con tintura de barniz encarnado y con granza.

Los servidores adscritos á la *villa* imperial constituyen la familia (*familia*) y están dirigidos por funcionarios (*ministeriales*) que con los mismos nombres y las mismas atribuciones encontramos en las grandes abadías, como la de Saint-Germain-des-Prés, y de los cuales los principales son los intendentes y los mayordomos. El intendente (*judex*) está encargado de vigilar los trabajos, presenta todos los años por Navidad sus cuentas, envía al palacio los productos en especie y los censos, mantiene el orden y administra justicia, recibiendo las instrucciones del rey y de la reina y, en defecto de éstos, del senescal y del botellero. «El que se haga culpable de negligencia en la ejecución de estas órdenes deberá abstenerse de beber desde el momento en que sea amonestado y hasta que venga á presencia nuestra ó de la reina y solicite perdón.» A las órdenes del intendente, que ejerce su autoridad sobre toda una *villa* y aun sobre varias, está el «mayordomo» (*major, villicus*) «que no tiene en su distrito más tierras que las que puede recorrer y administrar en un día.» En último término figuran los guardabosques, los encargados de las yeguas, y otros empleados de menor importancia.

Granjas como las de Carlomagno y del abad Irminón eran granjas modelos. Es indudable que la agricultura hizo notables progresos á principios del siglo IX, á lo que contribuyó en mucha parte la suavización del régimen á que estaban sometidos los terrazgueros. «Que se cuide mucho á nuestra familia, dice el emperador, y que nadie la reduzca á la pobreza. Que nuestros intendentes se guarden de emplear á nuestros servidores para su uso personal y de obligarles á hacer prestaciones personales en su provecho. Si un siervo quiere decirnos algo importante contra su jefe, que no se le impida llegar hasta nos.»

Sabido es cuán terrible azote fueron en la Edad media las hambres; parece, sin embargo, que en tiempo de Carlomagno no fueron tan frecuentes como antes. El sínodo de Francfort de 794 fijó un máximo al precio del trigo y del pan para los tiempos de abundancia ó de carestía, y estas prescripciones se reprodujeron en

805 y 806 en Thionville y en Nimega, adoptándose además medidas contra el monopolio del vino y de los cereales y contra la exportación en caso de mala cosecha. Carlomagno, por mediación de sus obispos y de sus condes, recordaba á todos los que poseían algunos bienes que habían de socorrer á los indigentes, libres ó esclavos, y no dejarlos morir de hambre.

La industria prosperó, sobre todo en las abadías. En Saint-Pierre de Corbie, bajo la administración de Adalardo, muchas «cámaras» están ocupadas por distintos obreros: en la primera hay tres zapateros, dos talabarteros y un batanero; en la segunda, seis herreros, dos plateros, dos zapateros, un armero y un pergamino; en las otras, albañiles, carpinteros, etc. Estos talleres estuvieron situados primeramente en el interior de los monasterios y sólo producian lo preciso para las necesidades de los que en éstos habitaban; pero muy pronto se percataron los abades de los beneficios que podían sacar de una producción superior al consumo hecho en sus casas y organizaron fuera del recinto verdaderas poblaciones industriales. La más antigua de éstas que conocemos es la de Saint-Riquier, cuyos herreros habían adquirido, desde fines del siglo VIII, una gran reputación; en 831 estaba dividida en once barrios, cada uno de los cuales estaba habitado por los obreros del mismo oficio. Algunas aglomeraciones alcanzaron una población de muchos miles de almas, siendo muchas las ciudades modernas que deben su origen á esta evolución interesante. Los artesanos están agrupados en corporaciones, estando demostrada por varias capitulares y por los decretos de los concilios la existencia de comunidades llamadas «gildes» (*geldonia*) ó cofradías (*confratria*), que son instituciones benéficas y sociedades de seguros mutuos; sus miembros se juramentan á socorrerse con limosnas y á ayudarse unos á otros, en caso de pérdida de sus bienes por naufragio ó por incendio, y cada una tiene su día de fiesta.

II.—El comercio. Los judíos. Medidas y monedas (1).

Como la industria se limitaba á fabricar los objetos de primera necesidad, era preciso pedir al extranjero los artículos de lujo, que entonces comenzaban á hacerse necesarios. El orden establecido por Carlomagno y la seguridad que reinaba á lo largo de las fronteras facilitaron las transacciones. Sorprende verdaderamente la precisión con que los escritores de aquella época enumeran los productos de las diferentes partes del mundo: los poemas de Teodulfo demuestran que el comercio era vasto, y la obra del monje de Saint-Gall, en la que abundan los hechos económicos, demues-

(1) FUENTES.—*Capitulaires* de Carlomagno. *Gesta abbatum Fontanellensium*. Poemas de Teodulfo, números VII y XXVIII, edición Dümmler. Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, tomo I.

OBRAS DE CONSULTA.—Pigeonneau, *Histoire du commerce de la France*, tomo I, 1889. Gaffarel, *De Francia commercio regnantibus Karolinis*, 1879. Heyd, *Histoire du commerce du Levant au Moyen Age*, tomo I, traducido al francés, 1886. Grätz, *Histoire des Juifs*, traducción Wogue, tomo III. A. de Barthelemy, *Les monnaies de Charlemagne*, apéndice al libro de Veteault, páginas 487-501. Prou, *Catalogue des monnaies carolingiennes de la Bibliothèque nationale*, 1896. Engel y Serrure, *Numismatique du Moyen Age*, tomo I, 1891.

tra que el movimiento prosiguió después de 814 (2).

No parece que Carlomagno se preocupara gran cosa de conservar los caminos ni de aumentar su número; pero las antiguas vías romanas, mejoradas por Brunquilda y Dagoberto, eran suficientes. Los comerciantes seguían con preferencia los ríos, así es que el Rhin, el Danubio superior, el Mosa y el Escalda tenían una navegación muy activa; en Valenciennes encontramos una importante aglomeración de bateleros y en el Sena el comercio revestía grandes proporciones. Una de las arterias más frecuentadas es la que, siguiendo el valle del Ródano, pone en comunicación el Norte con el Sur de Francia, el Occidente con el Oriente. Cuando Teodulfo realiza su viaje al Mediodía, quédase maravillado de la belleza de las ciudades que recorre y dos de las cuales excitan especialmente su admiración: Lyon, «de murallas elevadas», y Vienne, «oprimida de un lado por las rocas y de otro por el río anchuroso.»

En las inmediaciones de las ciudades, de las abadías y de las *villas* importantes, celébranse mercados públicos (*mercata publica*) en cualquier día, excepto en domingo. Las ferias coinciden con las más famosas peregrinaciones y comienzan al mismo tiempo que la fiesta del santo patrono. No se habla todavía de las de Champagne y de Flandes, pero la de Saint-Denis, confirmada por una carta de Pipino, de 3 de octubre de 759, está en su apogeo; esta feria, á la que se denomina *forum indictum*, de donde se deriva la palabra «lendit», debe su importancia á la proximidad de París, «el mercado de los pueblos», y á su situación en el punto de confluencia del Sena con el Oise y el Marne, y dura cuatro semanas, «á fin de que puedan asistir á ella los mercaderes de España, de Provenza, de Lombardía y de otras regiones.»

En Germania instaláronse á lo largo de los caminos albergues para los comerciantes, para sus mercancias y sus acémilas. El Elba y el Saale señalaron el límite que era imprudente traspasar, pues al otro lado estaba la Esclavia, todavía bárbara. Carlomagno estableció á lo largo de esta frontera nueve factorías (3), poniendo en ellas funcionarios francos para que velaran por la seguridad de sus compatriotas y también para que impidieran que vendiesen armas al enemigo.

Entre las ciudades del interior que servían de depósitos figuraban Tournai, Maestricht y Worms; pero la principal era Maguncia, cuya industria estaba en manos de los frisonos, trabajadores hábiles que confeccionaban paños superiores á los burdos tejidos fabricados por los siervos del real patrimonio ó de las abadías. El emperador pensó hacer de Maguncia el gran mercado de su imperio y el centro de los cambios entre la Galla y la Germania, á cual efecto estudió dos proyectos, de los que hablan con admiración los contemporáneos: la construcción de un canal que uniera el Main y el Danubio por el Rednitz y el Altmühl, y la de un puente

(2) Las *Gestes de Charlemagne*, por el monje de Saint-Gall, tienen un carácter extraordinariamente legendario y no pueden utilizarse para escribir la historia del emperador; pero el autor no desnaturalizó de la misma manera la vida de las clases populares, que en su época no se diferenciaba mucho de la del tiempo de Carlomagno. Por lo que toca al comercio, sobre todo con el Oriente, esta obra es una fuente preciosa que es preciso utilizar.

(3) Bardowick, Schlessel, Magdeburgo, Erfurt, Hallstadt, Forchheim, Bremburgo, Ratisbona y Lorsch.

de madera de quinientos pasos en Maguncia. Empezóse la construcción del canal, pero fué muy pronto abandonada á causa de la naturaleza pantanosa del terreno; el puente, levantado sobre arcos, costó ocho años de trabajos, pero lo destruyó un incendio en 813.

Las relaciones con la Gran Bretaña y la Irlanda viéronse favorecidas por la buena armonía existente entre Carlomagno y los reyes de aquellos países. Los peregrinos que atravesaban la Francia bajo la protección del emperador fueron agentes comerciales muy útiles; los principales puertos por donde pasaban eran Gante, Duerstade, l'Ecluse, Boulogne, cuyo faro alumbraba de lejos á los navegantes, y sobre todo Quentovic, que actualmente es, ó bien Etaples, en el estuario del Canche, ó Saint-Josse-sur-Mer. En esta última población estaba instalada una oficina de aduanas que centralizaba las cantidades percibidas en los diversos puertos y ciudades marítimas y se hallaba dirigida por Gervoldo, abad de Saint Wandrille. Este personaje, de noble estirpe, ex capellán de la reina Bertrada y más tarde obispo de Evreux, era inteligente y hábil; los príncipes bretones le llaman su «familiar y muy querido amigo», y Carlomagno utilizó sus servicios en muchos asuntos, uno de los cuales, por lo menos, merece ser mencionado. En 789, el emperador deseaba que su hijo mayor se casara con la hija de Offa de Mercie y encargó al abad de Saint-Wandrille que negociara el matrimonio. Offa consintió, pero con la condición de que obtendría para su hijo la mano de la princesa Berta, y Carlomagno, irritado por esta exigencia, prohibió «á todo hombre procedente de la isla de Bretaña ó perteneciente á la raza de los anglos, que desembarcara en el litoral de la Mancha para hacer negocio», y habiendo Offa recurrido á las represalias, el comercio entre ambos países interrumpióse. Gervoldo demostró á su señor el daño que causaba á sus súbditos, y el bloqueo terminó antes de que la prosperidad de Quentovic se viera comprometida.

El comercio marítimo hacíase todavía por Nantes y Burdeos y sobre todo por los puertos del Mediterráneo. Los cambios con el Oriente, que las invasiones sarracenas no habían interrumpido, se desarrollaron merced á las relaciones de Carlomagno con el califa Harún-al-Raschid, con los Césares bizantinos y con los cristianos de Palestina, de Egipto y de Siria. Los vinos de Gaza y de Sarepta, en otro tiempo tan apreciados en la Galia, desaparecieron por haber los árabes destruído las viñas en las comarcas sometidas á su dominación, pero fueron reemplazados con otros productos, como telas teñidas de púrpura, mantos de seda de variados colores, cueros elaborados, perfumes, unguentos y plantas medicinales, especias para sazonar los manjares y preparar el vino, perlas de la India, papiros de Egipto y animales exóticos, como monos y elefantes. El Occidente daba á cambio de estos géneros trigo, vino, aceite, perros de caza y sobre todo paños de Frisia, blancos ó teñidos al quermes ó al pastel, que en Oriente eran muy raros y se pagaban á elevado precio. Según una tradición que parece cierta, había en Jerusalén, delante del hospital fundado por Carlomagno, un mercado frecuentado por negociantes que hablaban todas las lenguas.

La actividad comercial de las ciudades de Provenza y de Septimania está atestiguada por el gran número de monedas italianas y árabes que en ellas circulan:

Nimes figura entre las más grandes é industriales, y Maguelonne es un pequeño puerto muy activo; pero la opulenta ciudad de Arlés es el principal depósito de los productos de Levante, los cuales son desembarcados en Marsella ó en Narbona, población esta última de aspecto enteramente cosmopolita con sus restos de población gótica, sus funcionarios francos, sus comerciantes españoles y sus judíos.

Los judíos no son todavía perseguidos con el rigor fanático y codicioso de que serán víctimas durante la segunda parte de la Edad media; Carlomagno aprecia sus conocimientos médicos, que han aprendido de los libros árabes, y su conocimiento de los idiomas, y los utiliza para sus negociaciones con el Oriente, y en cuanto á la supuesta capitular dictada contra ellos no es auténtica. Como la posesión de la tierra les está prohibida, los judíos se dedican al comercio y á la banca: sus capitales son considerables y algunos de ellos se jactan de poder comprar cuanto les place, incluso los vasos y joyas de las iglesias; la usura, es decir, el préstamo á interés (1), legalmente prohibida á los cristianos, á ellos les está permitida. En Marsella, Arlés y Narbona hay armadores judíos, cuyos buques van á los países de los bretones y de los eslavos, á Africa, á Asia y hasta á China, comprando especias y vendiendo esclavos. Refieren las leyendas que Carlomagno mandó llamar á Narbona, en 787, á dos judíos, Kalonymos y Moisés, establecidos en Lucques, y les dió extensos terrenos para que en ellos construyeran casas; aquella comunidad prosperó y obtuvo el derecho de nombrar un rey.

El comercio de los esclavos provocaba las protestas de la Iglesia: el arzobispo de Lyon, Agobardo, recordó las leyes eclesiásticas y los cánones de los concilios, y el sínodo de Meaux de 845 pidió que unas y otros se pusieran nuevamente en vigor. En consecuencia, los judíos fueron despojados, á fines del siglo IX, de parte de sus bienes, después de haber atravesado, según hace observar uno de sus últimos historiadores, «un período de tranquilidad y de ventura como no volverá á presentárseles en Europa hasta los tiempos modernos.»

Uno de los principales obstáculos para el comercio era el número, cada vez mayor, de los derechos que debían pagarse para exponer géneros en los mercados y para circular por las carreteras, ríos y puentes, pues no había señor que no quisiera cobrar tributo por las mercancías que pasaban por sus dominios (2). Carlomagno reconoció la legalidad de los peajes antiguamente establecidos, pero prohibió que se crearan otros nuevos. Proprietarios había que tendían cuerdas al través de los caminos y cobraban derechos en campo raso donde no había carreteras, y obligaban á los viajeros á pasar por sus puentes; pero todas estas prácticas fueron prohibidas bajo pena de multa. Prohibióse asimismo percibir derechos sobre los peregrinos, sobre los buques que no

(1) «Hay usura, dice la ley, siempre que se reclama más de lo que se ha dado; por ejemplo, si se han dado diez sueldos y se reclaman más, si se ha dado una medida de trigo y se exige más.»

(2) Un buque estaba sujeto á los derechos de pasaje (*passagium*), de puente (*pontaticum*), de ribera (*ripaticum*), de puerto (*portaticum*) y de ancla (*anchoraticum*). Si los comerciantes tomaban la vía terrestre, pagaban numerosos y variados derechos de tránsito (*viaticum*, *rotaticum*, *pulveraticum*, *cespaticum*), y al llegar al término del viaje todavía habían de satisfacer el *salvaticum*, el *modicaticum*, el *mensuraticum*, el *ponderaticum*, etc.

TIPOS DE MONEDAS CARLOVINGIAS

1. Carlos Martel. Anverso: CA (Carolus). Reverso: R FRA (rex Francorum).—Dinero de plata.
2. Pipino. Anverso: RP (rex Pipinus). Reverso: CINNO mannis.—Dinero de plata.
3. Carlomagno. Anverso: Monograma de Carlomagno. Reverso: AR.—Dinero de plata.
4. Duque Waifro. Anverso: WFAIUS. A. Reverso: FLAVLEFES.—Dinero de plata.
5. Desiderio. Anverso: DN DESIDER RX. Reverso: FLAVIA LUCA. Rosácea.—Triens de oro.
6. Carlomán. Anverso: Monograma de Carlomán. Reverso: AR C (Arverna civitas).—AR, dinero.
7. Carlomagno. Anverso: CAR LVVS. Reverso: LVG DVN (Lyon).—AR, dinero.
8. Carlomagno, emperador de Occidente. Anverso: KAROLVS IMP AVG. Busto laureado y debajo una M, marca de Milán. Reverso: XPICIANA RELIGIO. Templo.—AR, dinero.
9. León III y Carlomagno. Anverso: CARLVVS IPA (Imperator). Reverso: SCS PETRVS LEO PAPA.—AR, dinero.
10. Ludovico Pio. Anverso: DN HLVDOWICVS IMP AVG. Busto laureado. Reverso: MVNVS DIVINVM. Cruz dentro de una corona.—Oro.
11. Lotario. Anverso: HLOTARIUS IMP. Cruz cantonada de cuatro puntos. Reverso: BVRDEGALA. Templo tetrástilo.—Dinero, AR.
12. Pipino I, rey de Aquitania. Anverso: PIPPINVS REX. Cruz. Reverso: AQVI TANIA.—Óbolo, cobre.
13. Luis el Germánico. Anverso: HLVDOWICVS REX. Cruz cantonada de cuatro puntos. Reverso: TREV ERIS.—AR, dinero.
14. Pipino II. Anverso: PIPINVS REX F. Cruz. Reverso: TOLOSA CIVI. Monograma cruciforme de Pipino.—AR, dinero.
15. Carlos el Calvo. Anverso: GRATIAI D REX. Monograma de Carlos. Reverso: AMBIANVS CIVIL. Cruz.—AR, dinero.
16. Lotario II. Anverso: HLOTHARIVS REX. Cruz cantonada de cuatro puntos. Reverso: VIRIDVNM CIVIS. Templo.—AR, bajo dinero.
17. Luis el Turbado. Anverso: HLVDOWICVS REX. Monograma de Carlos. Reverso: IN VICO VIOSATO. Cruz.—AR, dinero.
18. Luis III. Anverso: MISERICORDIA DI REX. Monograma de Ludovico. Reverso: TVRONES CIVITAS. Cruz.—AR, dinero.
19. Carlomán. Anverso: CARLOMANVS. REX en monograma. Reverso: EDVA CIVITAS. Cruz cantonada de dos toeles.—AR, dinero.
20. Carlos el Gordo. Anverso: KAROLVS IMP R. Monograma de Carlos. Reverso: LINGONIS CIVITAS. Cruz.—AR, dinero.
21. Carlos el Simple. Anverso: GRATIA DI REX. Monograma de Carlos. Reverso: DVOS IEM-LLIS MT. Cruz.—AR, dinero.
22. Luis IV de Ultramar. Anverso: GRATIA DI REX. En el campo, LVDOVICVS en círculo. Reverso: PARISI CIVITA.—AR, dinero.
23. Hugo el Grande. Anverso: CRATIA DI DVX. En el campo, monograma de Hugo. Reverso: PARISI CIVITA.—AR, dinero.
24. Lotario II. Anverso: LOTHARIVS RX. Nudo de cuatro lazadas cantonado de puntos. Reverso: MATIENSIV. Cuatro toeles esquinando una cruz.—AR, dinero.
25. Otón II. Anverso: OTTO IMPERATOR. Cruz cantonada de cuatro puntos. Reverso: SA. COLONIA.—AR, dinero.
26. Luis V. Anverso: CIACIA DEI REX. En el centro, LDVIS en círculo. Reverso: REMIS CIVITAS. Cruz cantonada de dos Ω y de dos puntos.